

su comienzo, porque son muchos los obstáculos con que tropieza el desarrollo económico colombiano. En vías de comunicación apenas hay un precario plan, y él es necesario, por el abaratamiento de los transportes y la facilitación de los recursos industriales, y es de suma importancia como factor determinante en la explotación de minerales indispensables en la industria, como ocurre con el carbón, el hierro y demás materiales pesados. En cuanto a las materias primas, por regla general resulta más económico consumir las extranjeras.

En la misma industria, hay una absoluta falta de técnica, no propiamente en la dirección, lo que sería fácilmente remediable, sino en la masa trabajadora, carente de orientación, vocación y método, que sí tienen los trabajadores europeos y norteamericanos. Pero la satisfacción de esta necesidad exige un largo tiempo, suficiente apenas para que nuestras masas vayan asimilando el nuevo ritmo, y talvez medida inmigración de mano de obra calificada, que sirva de base a la paulatina industrialización.

Pero sería un tema demasiado amplio el analizar detalladamente nuestra industria. Sólo nos corresponde comentar someramente, dentro de los límites permitidos, la acción benéfica y efectiva del Estado en el desarrollo de la economía colombiana, que no está hoy solamente dependiente de la caprichosa actividad particular, sino ordenada y dirigida por una científica intervención estatal.

PROBLEMAS DE LA GRANDE INDUSTRIA EN COLOMBIA

La desorientación en materias económicas, igual que en las políticas y jurídicas, ha sido nuestro más grave mal, traducido en ensayos infortunados en todas las actividades nacionales; en realidad, es más fácil imitar que crear y es tendencia común al despreocupado habitante del trópico la de buscar la línea del menor esfuerzo.

Nosotros no hemos querido comprender que los países como los hombres tienen sus periodos evolutivos, sus edades por las cuales han de pasar forzosa y naturalmente, si no quieren ser objeto de un desequilibrio orgánico y social de incalculables proporciones e irremediables consecuencias. Y nuestro bello país colombiano ha pretendido pasar de la edad adolescente de un precapitalismo semi-colonial a la senectud de un supercapitalismo industrial sin detenerse en los estados intermedios, desechando el conocido postulado universal "natura non facit saltus", sin comprender que la evolución de una sociedad es en su mayor parte natural y ordenada.

Entro a analizar el caso del desarrollo industrial, si es que este aspecto de la vida nacional alcanza a la categoría de caso que, creo yo, está por lo menos en vía de alcanzarla. Para ello tomo como punto de partida el panorama nacional, compuesto por una inmensa extensión territorial que comprende dentro de sí unos cuantos millones de seres humanos, dotados de abundantísimos elementos primarios de progreso, de inagotables riquezas naturales y de ilimitadas perspectivas para la realización de su bienestar individual y colectivo.

Colombia, como todas las naciones de América, es un país joven en relación con los otros continentes, por su escasa densidad

de población y su corto periodo de apenas cuatro siglos de vida civilizada. Con una extensión de 1.139.000 kms cuadrados y una población aproximada de 9.000.000 de habitantes, tiene una densidad de población de 8 habitantes por km. cuadrado, es decir, que un habitante por cada doce hectáreas de territorio es impotente para procurar siquiera su completo desarrollo agrícola y ganadero.

Ahora bien, la grande industria requiere para su completo desarrollo un medio superpoblado, donde el espacio vital se reduce, dotado de elementos especiales, como grandes capitales, elementos de transporte y hasta de una potencialidad militar para mantener una posición de predominio. En esta situación están colocados países como Inglaterra, Estados Unidos, Alemana, Rusia y el Japón.

Este problema de la escasez de brazos en nuestros centros industriales, quiere subsanarse procurando la afluencia del elemento campesino con los halagos de un salario más elevado y de mayor protección general, obligándolo a abandonar el campo, lo que da origen a otro problema capital, el de la reducción de la producción agrícola y de las materias primas para la misma industria, que serán importadas entonces del exterior a un bajo costo relativo, determinado por una política proteccionista parcialmente practicada por el gobierno.

Voy a tratar de expresar en números el aspecto principal del problema: bastante elocuente es por sí solo el dato de la densidad de población que he presentado a vuestra consideración. Pero no menos expresivas son las conclusiones que he podido obtener de los datos estadísticos suministrados por la Contraloría de la República en el año de 1940, al cual haré referencia por ser las correspondientes informaciones las más completas y aptas para efectos de comparación y relación de los diversos aspectos del problema que me he propuesto plantear.

En el mes de diciembre del citado año había vinculados a la industria manufacturera 36.958 obreros y 5.723 empleados o sea un total de 42.681 personas, distribuidas en sólo 1.541 establecimientos industriales investigados, con un capital fijo de \$ 122.412.852, y un capital movible de \$ 95.902.746, distribuidos así: valor de las materias primas consumidas en el año \$70.000.000 aproximadamente, de los cuáles sólo un 48,5% correspondió a materias primas nacionales y valor total pagado por personal en el año \$ 25.797.000. El valor total de la producción fue de 190.000.000 y el de las ventas en el año de \$ 179.000.000.

Estas cifras revelan un desarrollo industrial considerable, por no decir demasiado en nuestro medio. Porque Colombia es un país de campesinos y la agricultura debe ser su principal actividad económica, hasta lograr siquiera abastecer con sus productos el consumo interno y las exigencias de la misma industria, cuyo desarrollo debe ser progresivo y controlado en razón de nuestras necesidades.

Pero muy al contrario, entre nosotros en lugar de fomentar el desarrollo agrícola abriendo fuentes de consumo a nuestros productos, se procura más y más a su relajamiento, con el sistema de la imposición aduanera muy baja para las materias primas que determina a las empresas industriales a abastecerse con productos extranjeros producidos a menor costo por hectárea; pero a la vez se eleva de manera absurda el impuesto de aduanas para los productos manufacturados, obligando a nuestro agricultor a vender baratos sus productos agrícolas bajo el juego de la competencia extranjera, y a comprar caros sus productos manufacturados de primera necesidad, al amparo de un proteccionismo aduanero parcialmente aplicado

Algunos datos numéricos más pueden ilustrarnos mejor a este respecto:

Las principales industrias de acuerdo con el valor de las materias primas consumidas, según los datos obtenidos en 1940 son, en su orden:

		extranjeros
Hilados y tejidos	\$ 16.806.566	81.56%
Cigaros y cigarrillos	4.421.375	20
Cervezas	3.844.873	44.77
Manufacturas metálicas	2.876.054	98.71
Tenencias	1.985.000	30.42
Calzado	1.767.349	38.70
Prod. Quim. y farm.	1.495.347	73.53
Vidrierías y locerías	275.327	80.67

Estas solas industrias remuneradas ocuparon 29.000 obreros y consumieron materias primas por un valor aproximado de \$ 35.000.000 es decir el 50% del total de materias primas consumidas en el año.

A la sola industria de hilados y tejidos, la más desarrollada del

país, estaba vinculado en 1.940 un total de 14.145 obreros y 1.172 empleados; por este personal fue pagado en el año un total de \$ 7.177.000 y por materias primas consumidas \$ 17.000.000 de los cuales sólo un 18.44% correspondió a materias primas nacionales. El solo consumo de algodón en esta industria alcanzó un total de 12.550.702 kgs. por un total valor de \$ 8.617.000, de los cuales 3.230.792 kgs. por un valor de 2.124.000 \$ (sólo el 24%) fueron nacionales.

Estas cifras demuestran por sí solas el profundo desequilibrio entre las distintas ramas de la economía nacional, con una agricultura postrada y un desarrollo industrial creciente que carece de las materias primas que requiere, y que tiene que importarlas al amparo de una protección oficial.

Tenemos que la crecida cifra de \$ 36.000.000 fue invertida en 1940 en materias primas extranjeras para nuestras industrias, es decir, el 24.2% del total valor de las importaciones, que alcanzó en el mismo año a la suma de \$ 148.000.000, de los cuales correspondió al renglón de productos agrícolas la suma de \$ 11.867.000; al de productos forestales \$ 5.472.700; al de metales varios..... \$ 6.653.500; todos estos artículos se pueden producir o se encuentran en prodigiosa abundancia en nuestro territorio nacional; y al renglón de productos manufacturados, fácilmente elaborables por nuestras industrias con materias primas nacionales, correspondió la suma de 16.701.000, es decir, que aproximadamente \$ 40.000.000 de los \$ 148.000.000 del valor total de las importaciones, o sea un 27.4% de ese valor, lo estamos arrojando por la ventana locamente.

Todo ello por crearnos un medio económico artificial, forzado por un estado cuya intervención se limita a proteger un desarrollo industrial imposible e innecesario de acuerdo con el período económico que vive el país, por medio de altos gravámenes a la importación de artículos manufacturados de consumo y con bajos a la importación de alimentos y materias primas transformables; en otros términos, se obliga a la mayoría del pueblo, casi a la totalidad, a pagar a elevado costo aquellos artículos de primera necesidad, solo por darnos el lujo de producirlos, cuando podríamos obtenerlos de mejor calidad y a más bajo precio de los diversos países que poseen en grande escala industrias localizadas, que les permite la producción en condiciones más favorables, aplicando eficazmente el principio económico del "máximo rendimiento con el mínimo es-

fuerzo", postulado fundamental que ignoramos completamente.

El problema así planteado es muy sencillo y eminentemente claro: no nos bastamos a nosotros mismos en cuanto a producción agrícola y forestal; no producimos los elementos primarios necesarios para abastecer la totalidad del pueblo; no tenemos una agricultura técnicamente desarrollada en la medida de nuestras necesidades; no poseemos una ganadería suficiente para atender a todo nuestro consumo de leche, carne, mantequilla y demás productos que entre nosotros son un privilegio de las clases altas; no tenemos industrias extractivas suficientemente desarrolladas ni elementos de explotación de nuestras inagotables riquezas minerales, animales y forestales, y no obstante vivimos en una naturaleza en amplio grado pródiga, cuyos dones no queremos apreciar ni aprovechar.

Mientras importamos maderas de los Estados Unidos nuestras inmensas selvas del Amazonas, del Orinoco y del Atrato permanecen desconocidas e inexploradas; mientras importamos todo el papel para nuestro consumo, la pulpa de nuestros bosques es destruida por nuestro colono incontrolado e ignorante; mientras carecemos de las llantas necesarias para nuestros transportes, la explotación del caucho del Amazonas y del Orinoco no pasa del plano de los proyectos irrealizables.

No pretendo afirmar obstinadamente la necesidad de estancar nuestro desarrollo industrial, sino simplemente de darle un ritmo equivalente al de las otras actividades de la economía nacional, fomentando en igual grado el desarrollo de las industrias extractivas, de la agricultura y de la ganadería, y estableciendo un plan armónico que obligue a nuestras industrias a consumir las materias primas nacionales, e inclusive a fomentar su producción.

Sirvanos de ejemplo a este respecto la labor realizada por la Cia. Colombiana de Tabaco, una de nuestras industrias más florecientes, que empezó importando casi la totalidad de sus materias primas y que ha venido disminuyendo progresivamente esas importaciones hasta reducirlas a sólo un 20% de su valor total en 1940.

La solución a este problema corresponde en su mayor parte al Gobierno, fomentando más ampliamente el desarrollo agrícola y gravando la importación de materias primas, con un impuesto aduanero igual o mayor al establecido para los productos manufacturados. Pero también las mismas empresas industriales deberían cooperar en esta labor, procurando con sus excesos de utilidades el

fomento de la producción de las materias primas que requieren, y consiguientemente un desarrollo paralelo de las distintas ramas de la economía nacional, contribuyendo a aumentar la holgura económica del mayor número y con ella la capacidad de consumo, la ampliación del mercado interno y un mayor beneficio colectivo.

EL PROBLEMA DE LA TRANSFORMACION

Paso a analizar ahora un nuevo aspecto del problema, en amplio grado influyente en el éxito del desarrollo industrial ilimitado; es la transformación de las materias primas para darlas al consumo, o sea la labor industrial propiamente dicha.

En toda producción industrial, para que tenga éxito, debe establecerse el equilibrio entre el precio de costo y el valor de la producción, con un margen más o menos amplio que permita la corriente financiación de la empresa.

Pues bien, la ley económica más influyente en este campo de la transformación es la llamada **CONCENTRACION DE LA PRODUCCION**, o sea el acumulamiento de los diversos elementos trabajo, materias primas y capital, que permita la producción en grande escala, eliminando ciertas actividades intermedias y el mayor número de intermediarios, mediante la aplicación de sistemas técnicos como la **STANDARIZACION** o reducción de los tipos de productos que permita la producción en serie; la **DIVISION TECNICA DEL TRABAJO** o reducción de las funciones del obrero, asignándole tareas parcelarias, lo más simples posibles; la **ESPECIALIZACION** que permite aplicar las diversas capacidades y aptitudes de los obreros; la **INTEGRACION** o fusionamiento de las industrias pequeñas para construir otras mayores y la **LOCALIZACION** o fijación de las fábricas en aquellos lugares dotados de las mejores condiciones, como son la abundancia y facilidad de producción y transporte de las materias primas, las vías de comunicación más ventajosas, etc.

La aplicación de estos sistemas permite a la grande industria la economía de capital, de trabajo y de materias primas con el aprovechamiento de los subproductos; en suma, propicia un precio de costo más reducido y, por consiguiente, un margen de ganancias muy superior, que permite al empresario poner sus productos a prueba de la competencia internacional.

Ahora bien, para la aplicación de estos sistemas técnicos a

la industria de un país determinado, se requiere la concurrencia previa de otros factores no menos importantes, como son, en primer lugar, la posesión de **CAPITALES** muy poderosos que permitan el sostenimiento de grandes empresas para la producción en masa; en segundo lugar, abundancia del elemento trabajo, o sea de obreros capacitados, que haga factible la aplicación de los principios de la especialización y de la división del trabajo en las mejores condiciones; en tercer lugar la **FACILIDAD** de **TRANSPORTES**, que permita la circulación económica, tanto de las materias primas como de los productos elaborados a un costo mínimo; y en cuarto lugar un **MERCADO NACIONAL** e **INTERNACIONAL** muy amplio que permita el juego de la libre competencia con buenos resultados.

Paso ahora a considerar las posibilidades de Colombia frente a cada uno de estos factores analizados.

1o.—NUESTRO CAPITAL

Poseemos en Colombia capitales tan poderosos que nos capaciten para hacer frente con éxito a la competencia internacional? Desde luego que no; es cierto que dentro de un desarrollo equilibrado de nuestra economía, podrían formarse capitales poderosos desde el punto de vista interno, pero ellos muy poco significarían en un vasto panorama del comercio internacional, en el que juegan su papel cifras casi astronómicas de millones de pesos.

También es cierto que en Colombia puede procurarse la formación de un supercapitalismo industrial, por los métodos hasta ahora adoptados, mediante una orientación parcialmente nacionalista de nuestra economía, con gravámenes aduaneros especiales y tarifas diferenciales en los transportes del Estado; pero ello no sería posible con la práctica de un nacionalismo total o con el abandono general de esta misma política proteccionista en todos los campos.

En resumen, puedo concluir que nuestro capital nacional no puede aspirar por sí solo un nivel tan alto que lo coloque a alcanzar en condiciones de sostener una industria concentrada tan poderosa para hacer frente a la competencia internacional.

2o.—EL TRABAJO

Analizando el dato de la densidad de población, con la adver-

tencia de que el 71% de los colombianos son campesinos, puedo concluir que no hay en Colombia una abundancia de mano de obra en grado tal que permita la aplicación de los sistemas técnicos ya analizados en una industria poderosamente concentrada, a menos que se siga cometiendo el absurdo error de fomentar la despoblación de los campos y la consiguiente relajación de las actividades agrícolas.

Es más, no poseemos siquiera el personal técnico para la dirección y la organización industrial, ni los establecimientos de enseñanza técnica suficientes para prepararlo.

EL PROBLEMA DE LOS TRANSPORTES

Prodigiosamente bien dotado de vías naturales de comunicación toda la extensión de su territorio, nuestro país no tiene una red de vías terrestres muy desarrollada ni muy técnicamente distribuidas, ni elementos de transporte suficientes para la circulación de sus riquezas, materias primas y productos manufacturados, en buenas condiciones. Sobre todo, los centros productores de materias primas están aislados casi completamente de los centros industriales.

Y cómo podemos pretender, con transportes fletados a precios escandalosos, mantener nuestros productos industriales a prueba de la competencia del gran productor extranjero, que posee él mismo sus medios de transporte y que domina todas las rutas, fluviales y marítimas del mundo?

EL PROBLEMA DE LOS MERCADOS

El problema mundial es un complicadísimo organismo, determinado por el régimen contractual de los tratados de comercio, por la potencialidad económica de cada país competidor y por su potencialidad militar necesaria para complementar y respaldar esa potencia económica; la posesión de estas ventajas da a las grandes potencias una posición de predominio, que constituye un factor negativo para las naciones débiles.

Y no teniendo Colombia una potencialidad económica y militar suficiente para hacer frente a las grandes potencias industriales, su política comercial internacional deberá forzosamente reducirse al régimen de los tratados de comercio, en el cual prima el princi-

pio de la equivalencia de las concesiones recíprocas entre las partes contratantes, cada una de las cuales busca, claro está, obtener las mayores ventajas, de donde el juego de la competencia será en último caso, cuando no la influencia política, el factor determinante; cómo admiten, por ejemplo, los comerciantes del Ecuador el intercambio de sus materias primas por nuestros productos manufacturados, si los Estados Unidos les ofrecen más ventajas que nosotros, porque su margen de beneficio es mayor, debido a las condiciones en que se opera su producción industrial?

La industria colombiana no puede pues, desde este punto de vista, aspirar a un desarrollo tal que sobrepase en mucho las necesidades del consumo nacional, si no es aprovechando las riquezas naturales del país y procurando un desarrollo económico general.

EL URBANISMO

Quiero ahora tratar por separado el problema del urbanismo y la despoblación de los campos, que como una consecuencia de la demanda de mano de obra debida a nuestro desarrollo industrial y del abandono casi absoluto en que se tiene al campesino, se acrecienta con alarmante celeridad.

Algunos datos numéricos acerca del crecimiento de la población de nuestras ciudades, comparados con los de los principales centros industriales del mundo en un período determinado, revelan la magnitud del problema. Tal crecimiento fué, en el período de 1920 a 1930, el siguiente, tomando como base el número de habitantes en 1920.

Bogotá	63.6%
Medellín	50
Ciudad de Méjico	56.2
Buenos Aires	25.2
New York	25
Chicago	25
La Haya (Holanda)	20.3
Amsterdam (Holanda)	17
Bruselas	14.9
Berlin	11.5
Birmingham (Inglaterra)	9
Liverpool (Inglaterra)	6.5

Londres (Disminuyó su población en este período)

Como puede verse en los datos anotados, a Bogotá correspondió el mayor crecimiento de población y a Medellín sólo le supera ciudad de Méjico. El crecimiento urbano de las principales ciudades apenas si pasa de la mitad del correspondiente de la capital de Antioquia y supera en poco a la tercera parte del de nuestra capital de la República.

Este fenómeno obedece a varias causas: en primer lugar, a la ya enunciada de la demanda de mano de obra para la industria, y al consiguiente aumento de salarios que constituye un halago al incesante deseo del campesino de ver mejorada su condición.

En segundo lugar, a la situación de privilegio creada conjuntamente por la industria y el Estado, con unas mejores condiciones de vida y una protección oficial mas amplia del último, al obrero de las ciudades, sólo porque tiene más oportunidades de asociarse en organizaciones sindicales poderosas para el éxito de sus demandas, mientras el campesino permanece aislado y resignado a su amarga situación de abandono oficial. Es más que natural, más que humano, que esta resignación tenga sus límites y que el campesino abandone su esteril parcela o la de su avaro patrón, para ir en busca de esa situación de privilegio que el Estado y el capital conjuntamente han creado en la ciudad.

En tercer lugar, los múltiples estímulos que al ansia de bienestar del campesino ofrece la ciudad con sus centros de diversión, sus comodidades, su "standar" de vida más alto en general, creado por los adelantos de la civilización, determinantes de un aumento del rendimiento y de una disminución progresiva del esfuerzo individual.

Las consecuencias de este urbanismo inmoderado son bien claras; él se traduce en una despoblación del campo y una disminución de la producción agrícola que es necesario sustituir con la importación creciente de productos alimenticios y de materias primas extranjeras; en un aumento creciente del proletariado obrero, problema social que determina la relajación de las costumbres, debido a los estímulos constantes de una vida de relación continua, la disminución de la natalidad a causa de esa misma relajación y a las malas condiciones de vida que disminuyen la vitalidad de la raza, aumentan la mortalidad y reducen la vida media del individuo.

Otros efectos secundarios y no menos nocivos podemos anotar, como el aumento de la criminalidad en todas sus formas, aumento

de los gastos públicos del Estado para atender a las necesidades de la asistencia social y de represión: creación de hospitales, asilos, establecimientos de corrección, suministro de drogas y elementos de higiene, etc.

A todos estos problemas sólo una solución eficaz es posible, y es el Estado intervencionista a quien corresponde aplicarla, ampliando el precepto constitucional de la intervención para procurar la racionalización de la producción, la distribución y el consumo. Ella debe encaminarse a establecer el equilibrio entre las distintas orientaciones de la economía nacional, procurándolo principalmente entre las actividades de los diversos sectores de la población colombiana.

Ello es posible mediante una orientación conjunta y total de la política económica, bien sea estrictamente nacionalista o todo lo contrario; mediante una protección a todas las funciones económicas, fomentando en el grado necesario el desarrollo agrícola, el de las industrias extractivas y el de las manufactureras; procurando un aprovechamiento total de todos los recursos naturales del país y los servicios de todos los sectores de su población, a los cuáles es necesario vincular mejor a sus respectivas actividades; elevando el "standard" de vida del campesino y dándole la misma protección que al obrero urbano, y, en fin, estimulando en toda forma sus esfuerzos de producción, con el suministro de maquinarias, la enseñanza de procedimientos técnicos, y la obligación por parte de las empresas industriales de consumir sus productos.

Es esta la misión del gobierno, cuya realización debe acelerarse, obedeciendo a un sistema científico y a una orientación definida, que evite infortunados ensayos condenados a fracasos sucesivos, como ha ocurrido hasta el presente.

Mucho se ha hablado acerca de la necesidad de aprovechar las especiales circunstancias que con motivo del conflicto mundial se han presentado, para orientar nuestra economía por el camino del desarrollo industrial ilimitado, que nos procure la solución de los problemas que confrontamos, debido a las restricciones impuestas al comercio de exportación en los Estados Unidos principal abastecedor nuestro.

Se engañan quienes así piensan de una manera tan absoluta en nuestro futuro inmediato. La conflagración mundial, es cierto, nos ha sometido a duras pruebas. Pero es necesario tener en cuenta que este período crítico de profundas y rápidas transformaciones,

tendrá su fin, tanto más pronto cuanto mayor sea el ímpetu de su desarrollo; y en el período del reajuste económico mundial que sucederá de manera inmediata al período bélico, jugarán su papel factores cuyas características son ya previsibles y se presentarán fenómenos cuyo alcance y consecuencias podemos vislumbrar desde ahora.

En primer lugar sabemos que la crisis de alimentos, propiciada por la destrucción de los campos agrícolas del viejo continente y por la ausencia de las labores agrícolas de los millones de hombres que componen los ejércitos y las grandes industrias bélicas, deberá ser solucionada en gran parte por los países de América; alimentos en cantidades insospechadas es lo que principalmente necesitará el mundo en el período de la post-guerra.

En segundo lugar, el desarrollo industrial ilimitado de las grandes potencias en lucha, no podrá estancarse o eliminarse en un momento dado, sino sólo transformarse y cuando más, atenuarse progresivamente durante un largo período de lustros, mediante un acuerdo convencional, casi imposible de realizar, entre los países industrializados.

Es decir, que esas industrias transformadas de las grandes potencias en desequilibrio profundo y sustancial, van a invadir al mundo con sus productos a precios increíblemente bajos, o, en el mejor de los casos, los distintos países, por medio de acuerdos convencionales, tratarán de restablecer el equilibrio, produciendo cada cual lo que puede producir y lo que **no puede dejar de producir**.

Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y Alemania van a tener empresas industriales capaces cada una de abastecer al mundo con sus productos, poderosas maquinarias industriales que no podrán eliminar y millones de obreros que no podrán utilizar en otras actividades.

Los países de América tienen hoy buen número de campesinos agricultores, que estimulados y secundados en sus esfuerzos de producción podrán atenuar en parte la crisis pavorosa que nos amenaza; pero si en lugar de estimularlos y secundarlos, se les halaga con un medio artificial de privilegio en las ciudades, ellos abandonarán progresivamente el campo, y entonces el interrogante acerca de nuestro futuro asumirá caracteres verdaderamente trágicos.

PANORAMA DE NUESTRA RIQUEZA NACIONAL

Bien pudiéramos anticipar el carácter descriptivo de nuestra corta charla de hoy. Y es que ella tiene por mira dar una ojeada más que rápida al panorama vastísimo de nuestra riqueza, que está allí, aparente u oculta, llenando a veces su función económica primaria mediante su activa explotación, o improductiva y quieta que más parece intocable reserva destinada a la satisfacción de imprevisibles urgencias, o bien ignorada, desconocida por nosotros mismos con la consiguiente imposibilidad de beneficiarla siquiera sea remotamente. Y esto, mientras la gravedad de la hora, que impuesta por el presente conflicto mundial se cierne sobre las naciones, indica a los gobiernos la necesidad apremiante de construir una política económica a base de la mayor independencia posible, si es que ella cabe dentro de la actual estructura de la economía mundial. Una política económica nacional que se sustraiga a la órbita de la economía de los demás países, siquiera en esos aspectos en que la capacidad productiva sea bastante para satisfacer las necesidades primarias propias.

Sería este el instante para empeñarnos en algunas consideraciones, pero habremos de abstenernos por hallarse fuera de nuestro marco. Además, precisa adaptar a la brevedad del tiempo la extensión de tan múltiple tema, de allí que nos veamos implicados en la necesidad de sacrificar al logro de la síntesis que proyectamos de nuestra riqueza nacional, la expresión de nuestras sugerecias del momento.

Por más que ello sea ya un lugar común, juzgamos no obstante imprescindible destacar la posición de Colombia en el globo. Y es que en un estudio, ojalá sea sumario, de uno de los factores primarios de la producción, como lo es éste de nuestras riquezas naturales, de nuestro suelo, nuestra privilegiada ubicación geográfica